

LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO DE PLATÓN: VICISITUDES DE UNA HISTORIA¹

THE TRANSMISSION OF PLATO'S TEXT: VICISSITUDES OF A HISTORY

Óscar Velásquez

Universidad de Chile
joscarvelasquez@gmail.com

Resumen

El objetivo principal de este estudio es examinar cómo ha llegado hasta nosotros la obra de Platón. Son unos 150 los manuscritos supervivientes, copiados por lo general entre los ss. IX y XIV. Estos manuscritos dependerían de un (desaparecido) arquetipo del s. VI d.C., un códice con variantes en dos volúmenes. Se examina la función del editor, que debe rastrear entre los testimonios de la tradición diplomática las huellas de pasadas ediciones, sus hiparquetipos, el arquetipo, i. e. el último ejemplar de donde estos fueron copiados, los arquetipos anteriores y, finalmente, el original. El asunto de fondo es reproducir del modo más exacto el autógrafo desvanecido. Se analiza en ese contexto la importancia de la división en tetralogías de la obra de Platón y la existencia de tres familias principales de códices y sus respectivos manuscritos principales. Es parcialmente posible seguir la huella de esta sucesión manuscrita, que se remonta a la más pura tradición antigua, y constatar que los resultados acerca de la integridad del texto de Platón, si bien queda mucho por investigar, son formalmente satisfactorios.

Palabras clave: manuscritos, Platón, crítica textual.

¹ Este trabajo es parte del proyecto del FONDECYT N° 1060095: “Propuestas para una nueva edición crítica del *Timeo* de Platón. Criterios para el ordenamiento del material manuscrito y fijación del texto y sus fuentes”.

Fecha de recepción inicial: mayo de 2006

Fecha de recepción final: junio de 2007

Fecha de aceptación: junio de 2007

Abstract

The main object of this paper is to examine how Plato's works have reached down to us. There are some 150 survivor manuscripts copied between the ninth and the fourteenth century. These manuscripts should depend upon a (disappeared) archetype with variants in two volumes of the sixth-century AD. The task of the editor is examined, as he has to trace back the steps of past editions from the hyparchetypes, the archetype, i. e. the last exemplar wherefrom these were copied, the earlier archetypes and, finally, the autograph. The leading affaire is to reproduce the vanished autograph in the more exact way. It is also analysed in this context the importance of the division in tetralogies of Plato's works and the existence of three main families of codices and their respective principal manuscripts. It is partially possible to track down this succession of manuscripts, which goes back to the purest ancient tradition and to verify that the results about the integrity of Plato's text, although much of it remains to be investigated, are formally satisfactory.

Key words: manuscripts, Plato, textual criticism.

EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

Más cercanos todavía al acontecimiento originario de la literatura, los hombres de la antigüedad solían confiar mayormente en la palabra hablada que en la escritura. Los cantos homéricos vivieron por siglos en la memoria de los aedos, y, aunque parezca un arcaísmo en el poeta romano, la *Eneida* de Virgilio suele hacer mención de su preeminencia. En uno de los más solemnes momentos de la obra, Eneas, en el umbral de la vasta caverna de la Sibila de Cumas, ha venido a consultar a los oráculos (*En.* VI, 9 ss.). El héroe había sido advertido en otro momento por Héleno, que si una brisa desordenaba las delicadas hojas en que había confiado a la escritura sus respuestas “que cantando también podía profetizar”, la sacerdotisa ya no recogía los escritos, y quienes venían en consulta partían sin respuesta (*En.* III, 441 ss.)². Los *carmina* eran sus *uaticinia*, es decir, sus predicciones orales. Podía a su vez escribir sus profecías en primitivas hojas de palma. Eneas le ruega, entonces, no confiar sus oráculos tan solo a esas hojas escritas, “no sea que vuelen en desorden, le dice, como juguetes de impetuosos vientos”³. En ese contexto era más seguro que se emitieran las *nomina*, es decir, las palabras, que las *notae*, las respuestas escritas (cf. *En.* III, 444). Aunque desde el s. VII a.C., por lo general poetas y prosistas crearon

² *Eneida* III, 457 *ipsa canat*, es decir, que los oráculos salgan de su propia boca, “y no te envíe a lo que ella anotó en las hojas”, comenta Servio en su famoso *Commentarium in Virgilium*, vol. I, p. 227, Göttingae 1826.

³ *Eneida* VI, 74-75: *foliis tantum ne carmina manda / ne turbata uolent rapidis ludibria uentis / ipsa canas oro*.

una literatura para ser escrita y leída, la historia ha dado en cierto sentido la razón a Virgilio cuando consideramos la vasta multitud de obras escritas que, literalmente, fueron entregadas a los ultrajes *–ludibria–* del tiempo y el olvido. Porque si, por el contrario, *uerba uolant, scripta manent*, lo que *voló* de lo escrito fue en numerosos casos mucho más que lo que *permaneció*.

Una de las excepciones, sin embargo, fue en la antigüedad la obra de Platón, que no solo se conservó completa, sino a la que incluso se le añadieron algunas que ya eran consideradas espurias desde los primeros tiempos; y aún hoy quedan otras de las cuales se duda si son o no auténticas. Conviene decir, con todo, que la historia de lo acontecido con Platón no difiere en forma substancial de lo que la fortuna deparó a varios otros autores, grandes y pequeños, de la antigüedad; lo acontecido con el texto del filósofo es análogo a la historia de lo sucedido con muchos otros. Fuera de unos pocos papiros, cuyo testimonio en conjunto es comprensiblemente marginal⁴, lo que nos queda de más antiguo son alrededor de ciento cincuenta manuscritos copiados entre los ss. IX y XIV o poco más. Ahora bien, tratar de explicar cómo han llegado hasta nosotros esos diálogos es el objetivo principal de este estudio, siendo que, entre esos manuscritos y los *autógrafos* u originales transcurrieron al menos trece siglos. Para contar entonces de un modo aunque sea muy elemental la historia, debemos comenzar por el final relativo de ella, es decir, con los manuscritos medievales. Sin ellos no tendríamos Platón, y sus obras serían solo un mero recuerdo fragmentario de algo que desapareció.

Si se intentara hacer la historia completa, habría sin embargo que acudir además a otros testimonios, que conforman la llamada tradición diplomática, si queremos asegurarnos de la fidelidad textual de la obra del filósofo. Porque un texto genuino “que es el que termina por adquirir para nosotros el estatus de edición crítica” no depende únicamente de los manuscritos conservados, sino de otras fuentes literarias antiguas; de modo especial, en este caso, de comentarios de sus obras, de traducciones, citas o incluso alusiones⁵. También podemos añadir a este conjunto los escolios, que son comentarios marginales del texto y que

⁴ Los papiros de Platón se encuentran en el *Corpus dei papiri filosofici greci e latini* I.1 Academia Toscana dei Scienza e Lettere La Colombarina, Firenze Olschki, 1999, obra a la que lamentablemente no pude tener acceso.

⁵ Para poner un solo ejemplo de la importancia y número de estos testimonios, la nueva edición Oxoniense de las obras de Platón, volumen I “llamada a reemplazar a la estándar de Burnet” trae el testimonio de poco más de cincuenta autores antiguos. Ver, *Platonis Opera*, recognouerunt breuique adnotatione critica instruxerunt, A. Duke, W. F. Hicken, W. S. M. Nicoll, D. B. Robinson, J. C. G. Strachan, Tomus I Tetralogias I-II continens, Oxonii 1995, pp. XXVI-XXXI.

en algunos casos pueden contener antecedentes de manuscritos aún anteriores a los códices existentes y sus arquetipos. A este conjunto se le suele llamar ‘testimonia’, y conforman el grueso de la tradición indirecta, ya que la tradición directa es precisamente la de los manuscritos y los fragmentarios papiros. Los testimonios tienen de hecho un valor diverso según los casos, porque puede haber diálogos que han sido preservados a su vez en antologías y compendios “muy en uso ya en la antigüedad” o textos que han sido parafraseados: en esos casos se supone que hay detrás al menos un determinado manuscrito, del cual estos trabajos pueden aportar algún testimonio. En lo que respecta a Platón, existen dos traducciones importantes del diálogo *Timeo* al latín, una de Cicerón, que está incompleta, y otra, mucho más completa, provista además de un considerable comentario de gran influencia en toda la Edad Media. La traducción de una palabra de determinada manera puede ayudar a inclinar la balanza en favor de una determinada lectura dudosa⁶.

ALGUNOS ANTECEDENTES DE LA TRADICIÓN MANUSCRITA

El manuscrito es simplemente el texto escrito a mano de una obra; el códice es también un manuscrito, pero que tiene la forma de un libro “a diferencia del rollo” y está hecho por lo general de folios de pergamino, de cuero animal, mucho más durables que el papiro, hecho de vegetal⁷. Hay ‘libros’ desde el s. II d.C., los que reemplazan finalmente en forma definitiva al menos práctico rollo en el s. IV⁸. Ahora bien, el establecimiento de lo que suponemos es el texto genuino de Platón comienza con una evaluación de sus fuentes directas, los manuscritos a los que me refería. Pero antes hay que señalar que aquí se está considerando como arquetipo un texto desconocido, que es anterior a los códices preservados y del que procede este conjunto de documentos medievales. Si hablamos de un ejemplar que contenía la obra completa de nuestro autor, diríamos que es un arquetipo desde el que se copió

⁶ Existen también traducciones antiguas a lenguas como el armenio, copto, hebreo, etc. que contienen a veces partes mínimas de textos de alguna obra. Hay también una versión latina del *Fedón* y el *Menón* hecha en el s. XII por Henrico Aristipo, archidícono de Catania.

⁷ Expertos hablan de una duración máxima de doscientos a trescientos años para el papiro en condiciones normales. El pergamino, de cuero de res, dura muchísimo más, como lo evidencia el hecho de que muchos de nuestros códices medievales tienen más de mil años.

⁸ “The codex did not come into use for pagan literature until the second century; but it rapidly gained ground in the third, and triumphed in the fourth. It could be made of either papyrus or parchment, but it was the parchment codex which eventually won the day” (Reynolds y Wilson, 1974: 31).

un cierto número de apógrafos o copias. Las cosas pueden variar de un autor a otro, y en Platón ese arquetipo no coincide con el original o autógrafo que en algún momento él escribió, sino otro, muy posterior, del que suponemos dependen finalmente las copias hechas desde el s. IX en adelante. Si ese arquetipo es uno o varios, es una cuestión abierta, aunque hay respuestas plausibles que veremos pronto. Se sabe que los autógrafos de Platón ya no existían en la Academia a fines del s. IV a.C., mas había buenas copias, ya que, como en el Liceo de Aristóteles, existía allí también una biblioteca “probablemente muy en ciernes” con rollos copiados de primera mano, por una suerte de casa editora. Lo sabemos, entre otros indicios, por lo que habría hecho Filipo de Opunte (fl. c. 350 a.C.), que como secretario de Platón en la Academia publica las *Leyes*, que, a su muerte, “estaban en cera”⁹. Desde los tiempos de Jenócrates, escoliarca entre el 339-314, y discípulo de Platón, se hacían además ediciones cuidadas de este. Pero la condición de fragilidad del papiro y la multitud de copias parciales y plagadas de errores “hechas muchas veces por particulares” hacen de la transmisión del texto un asunto problemático. Las escuelas platónicas y luego las neoplatónicas, en consecuencia, se esfuerzan por mantener un texto correcto; y desde el inicio surge la preocupación entre los estudiosos por conservar una edición sana, desprovista de errores. De ese medio pudo haber surgido ese arquetipo. Se trata entonces, según han planteado muchos eruditos, de un solo gran manuscrito con la obra completa de Platón¹⁰. Ese ejemplar data, según los estudiosos, probablemente del s. VI (hay que recordar que este sería un arquetipo en cuanto de él dependen códices medievales que han sobrevivido). La forma definitiva de ese manuscrito era la de una edición en dos volúmenes. Se sabe que el asunto no es tan sencillo, pero, según señala Henri Alline: “Nuestra tradición medieval se remonta a un ejemplar de edición docta, cuidadosamente recensionado, y sin duda en uso en la escuela neoplatónica de Atenas o muy cercano de aquellos que se leían allí” (Alline, 1984: 319). Para llegar a esas conclusiones se necesita por supuesto el aporte de numerosos estudios que, en especial a partir del s. XIX, permitió a la crítica ir alcanzando ciertas conclusiones. Estas investigaciones continúan con vigor en nuestros días, y el establecimiento de nuevas ediciones críticas es muchas veces la oportunidad de avanzar en el esclarecimiento de nuevos antecedentes.

⁹ Diógenes Laercio, *Vidas de Filósofos Ilustres*, 3. 37: “Y algunos dicen que Filipo de Opunte puso por escrito las *Leyes* de aquel, que estaban en cera”. Se trata de unas tablillas con una capa de cera sobre las que se podía escribir y borrar.

¹⁰ “Il reste donc extrêmement vraisemblable: tous les manuscrits médiévaux dérivent d’un seul archétype” (Alline, 1984: 180).

Ahora bien, al postular un arquetipo se supone que los manuscritos que sobreviven son copias de ese sustituto, por decir así, del original que es el arquetipo, aunque entre los códices supervivientes (que fueron copiados desde ese ejemplar) se encuentren además numerosas copias de esas copias. El hecho de que la búsqueda de un arquetipo común “desaparecido, por lo demás, y por tanto solo identificable en sus copias” es un asunto complejo, favorece la aparición de otros términos como el de *hiparquetipo*, es decir, un ejemplar subordinado a otro arquetipo superior. O bien, se podría considerar finalmente que, “it is not actually a question of much practical importance” (West, 1973: 42) el postular un arquetipo común.

Pero esa masa de manuscritos medievales está ahí, y debe ponerse un orden que permita realizar del mejor modo posible el camino de vuelta al original. De ahí que se supone que no es necesario revisar toda esa ingente masa de manuscritos con la misma prolijidad. Aquí entramos en otro aspecto del campo de la recensión. Como la mayoría de estos términos, ella tiene varias acepciones, porque en parte depende de qué situación se trata o qué problema hay que resolver. Cada autor tiene su historia. La *recensio* recoge esos elementos acumulados por la tradición diplomática, que junto con indagar sobre los manuscritos se preocupa también, entre otras cosas, de las traducciones y comentarios de esos textos. Pero aquí estamos viendo lo principal, es decir, los manuscritos conservados, que son los ‘testigos’ principales, pues el asunto de fondo es reproducir, del modo más exacto y correcto posible, ese autógrafo desvanecido para siempre, mediante los mejores medios que se tenga a mano. Hubo también otros arquetipos entremedio que desaparecieron, por lo que el nuestro, supuestamente único, sería originalmente un manuscrito con variantes¹¹. Eso significa que nuestro arquetipo, que a su vez es una copia de anteriores ejemplares, tenía incorporado en sus folios lecturas de otros códices, por ejemplo, de palabras que diferían de la copiada en el cuerpo de la página. Estas variantes (como aún hoy podemos ver se acostumbra hacer en las ediciones críticas, donde lecturas divergentes de otros manuscritos son anotadas al pie de la página) correspondían a una larga tradición de consignar otras lecturas que ya sea venían señaladas en el mismo ejemplar del que se copió, o eran obtenidas de otros manuscritos que el copista tenía en vista. Una

¹¹ “L’archétype de manuscrits médiévaux de Platon était donc un archétype à variantes” (Alline, 1984: 185). *Manuscritos con variantes* existían en la antigüedad, “y a menudo se colacionaba las copias no solo sobre su modelo, sino sobre otros modelos, para anotar las variantes” (en Alejandría y las grandes bibliotecas) (Alline, 1984: 185). Alline añade asimismo que, “cuando Proclo comenta sucesivamente la lección corriente y una lección divergente, es probable que en general esta última figuraba en el margen o en la interlínea, anotado por él o antes que él sobre el ejemplar que utilizaba” (Alline, 1984: 186).

variante va por lo general al margen, y su incorporación puede realizarse, por ejemplo, mediante una glosa o en un escolio. Esto permite entender, entre otras cosas, las divergencias que se encuentran en los manuscritos medievales, a pesar de que ellos penden probablemente de un mismo ancestro. Pero en la práctica, cuando el objetivo consiste en organizar este conjunto de códices en agrupaciones que divergen de un modo parecido, y que por otros indicios manifiestan un parentesco más estrecho entre sí, se entrará a hablar de ‘familias’ de manuscritos que, como se verá, también existen en la tradición de Platón.

De este modo se constata que la *recensio*, cuyo papel se va esclareciendo a medida que se la considera al interior del recorrido histórico de una obra escrita que sobrevive, es más difícil de lo que se preveía, y tiene su complicación el establecer el o los arquetipos que la sustentan. Por otra parte, hay que proceder, en bien de la economía del proceso, a ‘eliminar’ una cantidad de manuscritos. Esto significa que, si se está en situación de demostrar que una cantidad de códices se han originado más bien en una de esas copias que por eso se denominan manuscritos principales, y no parecen herederos de una tradición anterior, se los elimina para dejar solo aquellos que hacen de cabeza de –“y ahora cobra mayor sentido el nombre”– familias. Los estudiosos han discernido en Platón tres familias. Antes de continuar con este tema, quiero explicar a continuación un asunto que debería ayudar a comprender mejor la existencia de estas asociaciones de códices.

DE CÓMO TODA LA OBRA DE PLATÓN FUE FINALMENTE AGRUPADA EN TETRALOGÍAS

Si examinamos en conjunto los cinco volúmenes de las obras completas de Platón en la edición oxoniense de John Burnet¹², vemos que cada tomo incluye tetralogías, o un conjunto de cuatro obras cada una, que suman en total nueve. Son 36 las obras, entonces, y se añade al final, junto a trece cartas que concluyen la tetralogía IX, las *Definiciones*, más seis obras ‘espurias’, todas las cuales son agregadas sin contabilizar en tetralogías. La crítica antigua, y en especial la moderna, han añadido otros títulos sumándolos a la condición de los espurios o apócrifos; y fue al parecer J. Souilhé el primero que rediseñó este conjunto distinguiendo entre *dialogues apocryphes*, es decir, aquellos que ya desde la antigüedad quedaban al final y fuera de la división tetralógica, y otros bajo sospecha, por dudas que por diversos motivos fueron presentadas

¹² *Platonis Opera* recognovit breuique adnotatione critica instruxit Joannes Burnet, Oxonii, publicada en cinco volúmenes entre 1900 y 1907.

por estudiosos, en especial desde la modernidad. Entre los *dialogues suspects*, no se contaban todos los diálogos que críticos posteriores habían intentado sacar del canon platónico convencional, pero se reunía un grupo que concitaba mayor unanimidad de rechazo. No se ha logrado un consenso con todos, pero aquellos que se suponía más evidentemente ‘sospechosos’ fueron editados por Souilhé en tomo aparte¹³. Ahora bien, las tetralogías incluían a todas las obras de Platón fuera de las espurias, una verdadera *enéada* de diálogos¹⁴. Se atribuye esta división en tetralogías a Claudio Trasilo Tiberio¹⁵, astrólogo de Alejandría muerto el 36 d.C. Se había ganado la confianza de Tiberio, que de Rodas se lo trajo a Roma.

Si consideramos el caso de *República*, *Timeo*, *Critias* (en la tetralogía VIII, que se inicia con el breve diálogo *Clitofón*), por ejemplo, vemos que Platón conscientemente manifiesta que hay una continuidad entre ellos; y el personaje Hermócrates, que protagonizaría según consta en el *Timeo* el cuarto, se queda sin su anunciado diálogo. Platón bien pudo haber editado de este modo algunas de sus obras, y detrás de esta sistematización parece haber un intento de ordenar con mayor consistencia el conjunto de los diálogos, sobre todo cuando se comenzó a editarlos en grupos o totalidades. La tetralogía I, por ejemplo, comprende *Eutifrón*, *Apología de Sócrates*, *Critón*, *Fedón*, claramente reuniendo los cuatro diálogos más explícitamente relacionados con su proceso, defensa, encarcelamiento posterior y muerte. Esta peculiaridad es una señal importante de la unidad de la tradición, que cuenta así con 36 diálogos distribuidos en forma casi constante de esta manera. Todos los manuscritos medievales observan el orden tetralógico o lo suponen, es decir nueve tetralogías, que si se considera en forma separada, por libros, la *República* y las *Leyes*, suman un conjunto de 56 unidades¹⁶. Incluso, pienso, cuanto más arbitraria nos parezca esta división (que como hemos visto tiene su sentido), mayor señal se nos da de una continuidad con el hecho de su permanencia.

¹³ *Platon Dialogues Suspects*, Les Belles Lettres, Paris 1962 (1930), y *Platon Dialogues Apocryphes*, Les Belles Lettres Paris 1962 (1930).

¹⁴ La obras espurias en esta división antigua son: *Definitiones*, *De Iusto*, *De Virtute*, *Demodocus*, *Sisyphus*, *Eryxias*, *Axiochus*.

¹⁵ Se supone que Trasilo, que como sabemos muere en Roma el 36 d.C., pudo haber restaurado las tetralogías en las ediciones de las obras de Platón. En efecto, según señala Diógenes Laercio, algunos editores anteriores habían tendido a *forzar en trilogías* “una fórmula que resultó menos satisfactoria”, el conjunto de los diálogos. De ahí que se considere el trabajo de Trasilo como decisivo. Señalando una etapa anterior, Diógenes Laercio había dicho en III 61-62: “Y algunos, entre los cuales estaba también Aristófanes, *forzaron* en trilogías el orden de los diálogos”.

¹⁶ De un modo similar, y probablemente influido por esta división, Porfirio de hecho forzó los tratados de Plotino en seis *Enéadas*, por lo que sumó finalmente 54. Plotino había distribuido sus obras de otra manera.

Ahora bien, si esta división es incluso más antigua que Trasilo “que al parecer restaura esta distribución después de un menos satisfactorio experimento con trilogías”, ello indicaría una tendencia más temprana a editar en agrupamientos constantes las obras de Platón (de un modo análogo a como vemos en la Biblia distribuidos los libros sagrados). Pero se supone que la tradición medieval tiene por base a Trasilo (Alline, 1984: 177-178). Esto naturalmente se fue reflejando de copia en copia hasta nuestro arquetipo, y se replicó asimismo en la mayoría de los códices que se escribieron en el medioevo. Por otra parte, como lo señalaba Diógenes Laercio, fue Aristófanes de Bizancio, un docto de amplios conocimientos, uno de los que impulsaron el uso de las fallidas trilogías¹⁷.

CUÁLES SON ESOS MANUSCRITOS, SU VALOR RELATIVO Y UBICACIÓN

Cuando hablamos de un *codex vindobonensis*, por ejemplo, se supone que se trata de un manuscrito de algún modo vinculado con Viena. Puede ser que en su origen una cantidad de estos ejemplares, o los modelos en los que se copiaron, procedían de otros lugares, como el oriente bizantino, verdadera fuente de donde fluían muchos. Puede suceder, sin embargo, que el ejemplar mismo que poseemos más naturalmente es una copia hecha en los *scriptoria* de los numerosos monasterios del medioevo. Un *scriptorium* era el aposento de los calígrafos o copiantes de un monasterio, una por decir así fábrica de copias de libros, en la que se preservaba cada día el legado de la tradición escrita de Occidente. Hacia el 500 de nuestra era el desmembramiento del Imperio se puede considerar un hecho en el oeste, y en este ambiente de desorden político y social los *scriptoria* cumplieron una labor capital que habrá de durar siglos. La edad carolingia (fines del s. VIII y comienzos del s. IX, que sobrevivió culturalmente más allá del derrumbe político) marca uno de los períodos de mayor actividad de crítica y preservación del legado antiguo. Se verá en todo caso que, el lo que respecta a Platón, los más famosos códices son de procedencia bizantina, y su datación más temprana es el siglo noveno. En Bizancio, a su vez, el s. IX es un período de renacimiento de las letras. Esta revitalización del estudio coincidió con ciertos cambios en la apariencia y producción de los manuscritos. El uncial se había desarrollado desde el siglo IV. Sus desventajas serias eran lo lento de

¹⁷ Aristófanes de Bizancio vive probablemente ca. 257-180 a.C. Fue sucesor de Eratóstenes en la Biblioteca de Alejandría ca. 194.

su escritura y la cantidad de material que se necesitaba por su amplitud. Después de la conquista de Egipto por los árabes el 641, la escasez del papiro hizo acrecentar la demanda por el pergamino. Para hacer frente a la dificultad, parece que se adaptó un estilo de escritura ya corriente en círculos oficiales. “The modern technical term for the revised script is minuscule” (Reynolds y Wilson, 1974: 52). Ocupaba mucho menos espacio y podía ser escrita más rápido.

Ahora bien, todas estas particularidades tanto históricas como técnicas repercuten en el occidente cristiano, de modo que la historia de la transmisión del texto de Platón está íntimamente ligada a lo que acontecía en Oriente. Si miramos, por otra parte, más de cerca y en concreto ese conjunto de códices preservado, el volumen que conocemos del *Parisinus graecus* 1807 (A) –cuyo primer tomo se ha perdido– comienza con el *Clitofonte*, que junto con *República*, *Timeo*, *Critias*, forman la tetralogía VIII. Se considera que este *codex* es uno de los más importantes manuscritos de Platón. El famoso *Bodleianus* (B), en cambio, cuyo segundo tomo se ha perdido, se inicia con *Eutifrón*, *Apología de Sócrates*, *Critón*, *Fedón*, es decir, la tetralogía I. Se incluyen además en este tomo las siguientes tetralogías hasta la VII. De ese modo, la suma de estos dos nos aportan el total de las obras¹⁸. Y aunque estos no son los únicos, los estudiosos los consideran “en una apreciación de conjunto, puesto que las cosas son más complejas” como los más importantes de todos los códices conocidos de nuestro autor.

El *Codex Bodleianus*, MS E. D. Clarke 39 (B) (895 d.C.), escrito por la mano de Juan Calígrafo (Ioannes Calligraphus), ‘scribae satis diligentis’, fue realizado al pedido de Aretas¹⁹. Entre todos los códices que exhiben las tetralogías I-VI, es el más antiguo. Los editores de esta nueva edición oxoniense, cuyo objetivo es reemplazar la antigua de Burnet, se confiaron en la edición fototípica de T. W. Allen, ‘Codex Oxoniensis Clarkianus 39 phototypice editus. praefatus est T. W. Allen’ (Leiden, 1899). A veces surgen dudas sobre el texto del código, en especial por la humedad. En esos lugares muy a menudo ‘manus recentiores’ lo rehicieron de tal modo que ya no es posible leer la escritura de Juan.

¹⁸ John Burnet señalaba en el prólogo a su famosa edición que consta que, de todos los códices, el *Clarkianus* o *Bodleianus*, escrito el año 895, y el *Parisinus* 1807, de casi la misma época, son los que más se distinguen ‘cum antiquitate tum fide’, *Platonis Opera* I, Oxford 1900 (1961).

¹⁹ *Platonis Opera I Editio Oxoniensis MCMXCV*, Tetralogías I-II Continens *Praefatio*, p. V. Aretas (c. 860-c. 935), arzobispo de Cesarea en Capadocia. Aretas no fue un crítico de gran poder u originalidad, pero sus comentarios marginales son valiosos porque fueron obtenidos de buenas fuentes, como es el caso de las notas en sus copias de Platón y Luciano.

El reverso del folio 418 muestra que el *Bodleianus* “es un manuscrito entero, sin ninguna mutilación” (Alline, 1984: 217-218) (hasta ahí llega su modelo, por lo que allí se detiene su copia) y no podemos saber si el texto de la familia B se reencuentra en ciertos diálogos de las tres últimas tetralogías. Donde están también los mismos diálogos es en el *Tubingensis* C y el *Venetus* D, que son copias de B, y son inútiles por tanto para la constitución del texto. Pero el *Tubingensis* comprende además el *Timeo*: para el texto de ese diálogo, nuestro manuscrito parece estar relacionado con el grupo Y, del que pronto veremos sus conexiones con las familias aquí mencionadas (al menos en ciertos diálogos). Hay muchos signos en el margen del *Bodleianus*: es que fue leído muy atentamente por Aretas y sus otros poseedores. “Es en el s. XIII cuando se lo restaura con gran cuidado” (Alline, 1984: 220). En 1801 los monjes vendieron sus ejemplares al mineralogista Edw. D. Clarke, que lo hizo examinar y estudiar por el erudito Porson; Oxford lo compra en 1809. Los editores han utilizado el B para restituir el texto de las seis primeras tetralogías, pero el modelo del B era muy difícil de descifrar, y era a veces ilegible; un manuscrito muy antiguo (tal vez del s. VII a más tardar) que el calígrafo Juan lo copiaba casi letra por letra (Alline, 1984: 223). Este famoso *codex* se encuentra en la biblioteca Bodleiana de Oxford.

En el estudio de los manuscritos de Platón ha de tenerse en cuenta que la importancia de estos puede variar de hecho según el diálogo que se está recensionando. De ahí que a menudo no basta con referirse solo a estos dos. Aun más, he mencionado que hay tres familias de códices. En bien de la claridad, en un trabajo de introducción como este no me referiré sino brevemente al hecho de que en la novísima edición oxoniense de las dos primeras tetralogías²⁰ (no han aparecido aún los otros volúmenes, con excepción de una edición separada de la *República* en 2003), la familia que encabeza el *Bodleianus* se hace acompañar de otros dos códices. Estos se encuentran en muy estrecha relación con el *Bodleianus* pero, según los editores, no parecen depender de él: son el *Tubingensis graecus* Mb 14 (C), del s. XI, y el *Venetus graecus* 185 (D), del s. XII. Esto hace de ellos testigos independientes. Ambos contienen solo algunos de los diálogos de estas dos primeras tetralogías. En esta edición se presenta una tercera familia encabezada por el *Codex Vindobonensis supplementum graecum* 7 (W), y que comprende varios otros manuscritos, más una versión armenia del *Eutifrón* y la *Apología de Sócrates*. El *Manuscriptum Philosophicum Graecum* llamado *Supplementum Graecum* 7 [W] [antiguamente cod.

²⁰ *Platonis Opera I Editio Oxoniensis MCMXCV Tetralogias I-II Continens*, cuyos editores son E. A. Duke, W. F. Hicken, W. S. M. Nicoll, D. B. Robinson, J. C. G. Strachan.

Vindobonensis 54] dice en el folio 1: *Platonis opera* y comienza con el *Alcibíades* I. Se trata de un solo volumen masivo e imponente de 637 folios, es decir, 1.274 páginas. Se encuentra en buen estado general y excelente caligrafía con tinta negra persistente. El *Timeo* (ff. 608^r–631^v) viene al final de todas las obras, si bien seguido del *Timeo Locrio*, cosa inusual (ff. 632^r–637^v), con que se cierra el volumen. Los títulos están escritos en buena tinta roja, y hay muy pocos escolios. La caligrafía es buena y la escritura está bien conservada. Se sabe sin embargo que partes substanciales de este manuscrito fueron agregadas por dos manos posteriores, W2 (que copia *Clitofón*, *República*, *Timeo*), y W3, que copia otras obras (Murphy, 1995: 155). Se conserva en la Österreichischen Nationalbibliothek en la Josefsplatz de Viena, como los demás manuscritos vieneses que se señalan en este artículo.

El volumen I de la nueva edición oxoniense distribuye los manuscritos en tres grupos: familia β, familia T, familia δ. Los editores señalan la dificultad de establecer los vínculos y parentescos entre estas tres familias, siendo el mayor inconveniente el que “los parentescos con los que los hiparquetipos βTδ están unidos entre sí, de ninguna manera parecen ser inmutables”²¹. Esto indica que los parentescos entre las familias de códices son bastante complicados y no siempre permanecen iguales.

El manuscrito *Parisinus graecus* 1807 (A) es un bello e impresionante códice del siglo IX en pergamino de 344 folios, que contiene las tetralogías VIII y IX de Platón completas y que, como los otros tres vieneses, pude inspeccionar personalmente. Se añaden al final las *Definiciones* y siete diálogos espurios. Está hermosamente conservado. Los folios son de 44 líneas de escritura, a dos columnas, de muy buena caligrafía. Los títulos de las obras vienen con los subtítulos tradicionales, de los que hemos dicho que ya existían en la antigüedad. Los escolios están cuidadosamente escritos en griego al margen con letra legible y elegante. Son abundantes. Algunos están en el pie de página. Hay signos diacríticos; algunos indican el paso, en el cuerpo del texto, a que se refiere el escolio. Esto se da sobre todo cuando el escolio está situado al pie de la página y no frente al texto o línea comentada. Pero también hay otros signos (que no he podido interpretar). Incluso la imagen de la Línea en *República* VI tiene un escolio con la figura de las ὀρατά y las νοητά muy parecido a los actuales. El *Timeo* específicamente ocupa los ff. 114^r-144^v. El *Critias*, folios 145^v-151^r. En ocasiones, algunas palabras están escritas arriba de la línea con al parecer otra mano en letras pequeñas con tinta negra. En *Leyes* los escolios son especialmente abundantes.

²¹ *Platonis Opera I Editio Oxoniensis MCMXCV Tetralogias I-II Continens*, pp. XIV-XV.

Se señala en el *codex* que es “Platonis operum volumen II”, por lo que se supone que el volumen I se ha perdido. El orden de los diálogos es el siguiente: *Clitofón*, *República*, *Timeo*, *Critias*, *Minos*, *Leyes*, *Epínomis*, *Epístolas*, *Definiciones*, *De lo justo*, *De la virtud*, *Demócoco*, *Sísifo*, *Alción*, *Erixias*, *Axíoco*. La preservación del orden en tetralogías (la VIII y la IX, esta última incluye *Minos*, *Leyes*, *Epínomis*, *Espístolas*) hace suponer la antigüedad de su arquetipo, y algunos escolios podrían proceder en parte de comentarios de larga data, anteriores al hiparquetipo. El volumen se encuentra en el Site Richelieu de la Bibliothèque Nationale de Paris.

Como cabeza de un tercer grupo o familia de manuscritos para ciertos diálogos (aunque carente de la cohesión tetralógica de los anteriores), aparece el manuscrito Philosophicum Graecum 21, o *codex Vindobonensis 21 (Y)*. Inscrito en la “Bibliotheca Palati Vindobonensis”, el Phil. gr. 21 es un manuscrito de 234 folios (468 pp.) que contiene los diálogos *Eutifrón*, *Apología de Sócrates*, *Critón*, *Fedón*, *Crátilo*, *Teeteto*, *Sofista*, *Político*, *Parménides*, *Gorgias*, *Menón*, *Hippias Mayor*, *Hippias Menor*, *Simposio*, *Timeo* (182^r–207^v), *Alcibíades Primero*, *Alcibíades Segundo*, *Axíoco*, *De la Justicia*, *De la Virtud*, *Demócoco*, *Sísifo*, *Alción*. Se añade al inicio abajo: “Augustissimae Bibliothecae Caesariae Vindobonensis Codex manuscriptus Philosophicus Graecus N. I”, con figuras en rojo arriba y al inicio, es decir, título y subtítulo también en rojo para cada diálogo, p. e. πλάτωνος εὐθίφρων ἢ περὶ ὀσίου, pergaminos hermosamente escritos y conservados, con algunos escolios. Como se ve, se preserva el orden de las dos primeras tetralogías y se continúa solo con el primer diálogo de la tercera (el *Parménides*). Allí se interrumpe la serie y se sigue con el *Gorgias* (segundo de la tetralogía VI), si bien se retoma temporalmente el orden hasta el *Hippias Menor*, segundo de la tetralogía VII. Se añade extemporáneamente el *Banquete* y el *Timeo*, los dos *Alcibíades*; y pierden su orden los espurios y un diálogo *Alción* es añadido al final. Este orden especial permite reconocer a los manuscritos derivados del *Vindobonensis* (que son varios), y por tanto en condiciones de ser por lo general eliminados en una recensión. He llegado a la conclusión de que el *codex Y* es muy importante para la constitución del texto del *Timeo*²².

²² Cf. Platón *Timeo*, *Versión del griego*, *Introducción y Notas* por Óscar Velásquez, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2004.

CÓMO INICIAR EL RETORNO HACIA EL AUTÓGRAFO

El conjunto de manuscritos supervivientes, en especial aquellos que mejor parecen representar al hiparquetipo por su más directa dependencia con él y constituirse, además, en un testigo independiente de aquel, conforman la tradición manuscrita directa de un determinado autor u obra literaria. Estos códices son todas copias, es decir, apógrafos que proceden de un *exemplar*, un original que ha servido de modelo para aquellos. Puede ser, como en nuestro caso, que se manifieste la presencia de más de un ejemplar (que aquí equivaldría a un hiparquetipo), cosa que se puede advertir, por ejemplo, en la aparición de variantes escritas en el margen de un folio que indican una divergencia de lecturas. Esto pudo suceder en la medida en que el escriba probablemente inspeccionó otro manuscrito o bien su ejemplar ya tenía esa lectura como efecto de una verificación anterior. De aquí nacen *contaminaciones*, que surgen de la concurrencia de lecturas de más de un ejemplar²³. Si suponemos por otra parte lo natural que es que con cada copia se produzcan errores, la suma total de acciones inconscientes y conscientes del copista hacen previsible desviaciones que es labor del estudioso tratar de superar. Este proceso de enmienda de los textos por parte de los escribas, y de acumular variantes al interior de la tradición, son señal de que el arquetipo y las copias posteriores a él, esto es, sus hiparquetipos, contenían también indicios de errores y divergencias de lectura. Digamos que el arquetipo es el último ejemplar de donde ostensiblemente fueron copiados los hiparquetipos, que a su vez se constituyeron en modelos de nuestros manuscritos medievales. Si las familias de la tradición diplomática de Platón (en referencia específica al conjunto de manuscritos que nos han transmitido la obra del filósofo) son tres, deberíamos suponer aquí tres hiparquetipos, que a su vez penden de un arquetipo que, suponemos, está de algún modo en conexión con el original o autógrafo.

Si bien he propuesto proceder desde los códices medievales para remontarse desde estos hacia el original, por razones de claridad, comienzo ahora desde el Platón escritor hacia el arquetipo, y así hallar nuestro punto de encuentro geométrico en él y los hiparquetipos. La idea es unir así, dinámicamente, dos movimientos: uno de regreso hacia el arquetipo, otro de progreso hacia él a partir del autógrafo. Toda edición crítica intenta en último término reproducir ese original que,

²³ Esta definición de contaminación (*contaminatio*) da F. Lázaro Carreter, *Diccionario de Términos filológicos*: “Particularidad de la transmisión de un texto consistente en que el copista sustituye lecturas auténticas por otras halladas en los márgenes de su modelo o ejemplar de copia, tomando por lecturas válidas lo que pueden ser simples anotaciones o conjeturas de un copista anterior”.

en nuestro caso, son las obras escritas por Platón mismo o dictadas y revisadas por él. El filósofo contaba además, con una verdadera casa editora en su misma recién fundada Academia, y hacia el final de su vida con auxiliares de primerísima línea como Filipo de Opunte, secretario de Platón en la Academia (*fl. c.* 350 a.C.). Me refiero aquí no solo al mencionado hecho de que fue Filipo el que puso por escrito las *Leyes*, que nuestro filósofo había dejado al morir en tablas de cera, sino a que, entre otras historias, Diógenes Laercio cuenta que Platón habría revisado y vuelto a escribir varias veces el comienzo de la *República* (πολλάκις ἐστραμμένειν) y dado lecturas públicas del *Fedón* (ἀναγιγνώσκοντι τὸν περὶ ψυχῆς)²⁴. Esto indica, si hemos de confiar en el relato de Diógenes, que el acto de escribir y de publicar, como era de presumir en un pensador que además se desempeñaba como jefe de escuela, no seguía siempre una línea cronológica estricta.

Es presumible pensar que las primeras publicaciones de Platón fueron parciales, si consideramos que ellas fueron publicadas según se iban escribiendo. Es posible también que, como se vio a propósito de las trilogías y tetralogías, algunos diálogos fueron editados en grupos. Pero el dato más importante en esta etapa de la historia es la comprobación de una gran edición de la obra de Platón por parte de su discípulo y sucesor Jenócrates. Sabemos además que Aristófanes de Bizancio (prob. *c.* 257-180 a.C.), sucesor de Eratóstenes como jefe de la Biblioteca de Alejandría *c.* 194 a.C., fue quien editó la obra de Platón mediante trilogías que no perduraron como sistema de edición. Era un docto de amplios conocimientos y se considera que la crítica alcanza con él una importante consolidación. Ya Eratóstenes había escrito un comentario sobre el *Timeo*; el trabajo de los comentaristas es de gran importancia en la historia de la transmisión del texto de Platón, pues a menudo aporta nuevos antecedentes sobre lecturas de los códices utilizados. El que Diógenes Laercio dijera que este sistema de trilogías fue “arbitrario”, puede indicar, pienso, que este sistema de agrupamiento de los diálogos fue visto como un *tironeo* (ἔλκουσι: ‘tirar, arrastrar’) desde algo ya establecido, es decir, el ordenamiento de a cuatro. Sea como fuere, triunfan las tetralogías como modelos de edición, y es Trasilo (fallecido el 39 d.C.) quien aparece afirmando que “<Platón> publicó (ἐκδοῦναι) sus diálogos en concordancia con la tetralogía trágica”²⁵; y que este orden es, como añade Diógenes, el que habría usado Platón al publicarlos. Y ya que se señala a Trasilo,

²⁴ Cf. Diógenes Laercio III, 37.

²⁵ Según Diógenes Laercio III, 56. Dice que Trasilo consideró que las obras de Platón eran 56, si dividimos la *República* en 10 libros y las *Leyes* en 12. Y si son nueve tetralogías, “la *República* toma el lugar de una obra y las *Leyes* de otra” (ibid. III 57).

además, como utilizando un doble título (“uno del nombre del interlocutor y otro del tema”, III 57), cuando vemos este mismo procedimiento perpetuado en los manuscritos medievales, podemos pensar en la permanencia de una tradición manuscrita que se agrega a aquella de las tetralogías. Los copistas simplemente continuaron haciendo lo que veían en su ejemplar.

Por otra parte, ni hablar de qué pasó con los originales, ya que, por lo visto, no experimentando un gran apego por ellos, el autor los desechaba una vez hecha la edición. Esta indiferencia contrasta con una época posterior, en que el amor por los autógrafos se acrecienta²⁶. La fragilidad del papiro cuya duración era por lo general inferior a los trescientos años obligaba también a la renovación de las copias; y en tiempos de crisis mayores, como el s. IV, aumentan los compendios y comentarios. Con los datos de lo que hicieron Trasilo y otros contemporáneos, entrada la primera mitad del s. I d.C., podemos hacer avanzar esta delicada historia hasta Antígono de Caristo, es decir, a mediados del s. III d.C.²⁷. Porque él es testigo del hecho de que ciertas ‘marcas críticas’ (σημεῖα τινα) fueron añadidas “cuando recientemente se editaron sus obras”, es decir, las de Platón²⁸. Esto indica al menos una preocupación de los editores por mejorar la comprensión de las obras, lo que se tradujo sin duda en la búsqueda de la limpieza del texto y la sujeción de este a la tradición manuscrita.

En ausencia aún de un mayor acopio personal de datos, podemos acudir a H. Alline para concluir este trabajo. “Nuestra tradición medieval, decía él, se remonta a un ejemplar de edición docta, cuidadosamente recensionado, y sin duda en uso en la escuela neoplatónica de Atenas o muy cercano de aquellos que se leían allí” (Alline, 1984: 319). Se concluye que esta edición no era en definitiva más que una transformación de la gran edición crítica de Aristófanes de Bizancio, y se podía apreciar que esta colección contenía los apócrifos, “porque ella no había sido formada por el autor mismo”. Y había una tradición académica anterior, verosíblemente fijada a fines del s. IV, en una edición de las obras completas de Platón. Es gracias a esta transmisión, casi ininterrumpida, como el texto de Platón nos ha llegado en las condiciones más favorables, y es correcto considerar que “la tradición medieval se remonta a la forma más pura de la tradición antigua”.

²⁶ Alline, 1984: 31. Como ejemplo de ese aprecio posterior, Alline cita Aulo Gelio, *Noctes Atticae* IX 14, 7 (a propósito de las *Geórgicas* de Virgilio). La obra de Gelio fue publicada c. 180 d.C.

²⁷ Antígono de Caristo (fl. c. 240 a.C.), escritor y escultor en bronce, vivió en Atenas y probablemente en Pérgamo. Solo le sobrevive una inferior colección de anécdotas; Diógenes Laercio y Ateneo usaron sus *Vidas de Filósofos*.

²⁸ Diógenes Laercio, III 65-66.

Hay una búsqueda histórica, entonces, y la tarea de todo editor está en ‘reencontrar’ la forma más pura y más completa de la tradición medieval. Esto se puede lograr dirigiéndose a los mejores representantes de las tres familias, y, por la comparación de esta forma primitiva de la recepción medieval, se supone que es posible reencontrarse también con el conjunto de la tradición antigua, como citas y papiros, que constituyen una cuarta fuente del texto además de esos ‘testigos’ de las familias. Hay una *memoria* de ese autógrafo u original largamente desaparecido que se reconstruye al amparo de esa tradición. El objetivo final es manifiesto, y consiste en reencontrar finalmente el texto original. Se supone que esto se consigue como resultado de un proceso de revisión y evaluación de la tradición manuscrita directa e indirecta del autor. Existe una continuidad en la tradición platónica, y se concluye que se trata de una tradición fiel (Alline, 1984: 320).

Esta calidad y su continuidad, por supuesto, no ha liberado a los códices (y al resto del legado diplomático del filósofo) de multitud de faltas y otros errores, si bien gracias a la abundancia y el valor de los elementos que forman su tradición manuscrita, se ha ido produciendo una constante mejoría en las ediciones de los diversos diálogos. El trabajo es complejo en cada caso, pero los procedimientos filológicos son relativamente claros y, hasta donde es posible establecerlo, los resultados se pueden considerar formalmente satisfactorios.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALLINE, HENRI, 1984 [1915]: *Histoire du Texte de Platon*, Genève/Paris: Editions Slatkine.
- BURNET, JOHN, 1900/1907: *Platonis Opera I-V*, recognovit brevisque adnotatione critica instruxit, Oxford, Oxford University Press.
- DUKE A. Y OTROS, 1995: *Platonis Opera I*, recognoverunt brevisque adnotatione critica instruxerunt, Oxford, Oxford University Press.
- MURPHY, D. J., 1995: “Contribution to the History of Some Manuscripts of Plato”, *Rivista di filologia e di istruzione classica*, 123.
- REYNOLDS, L. D., y N. G. WILSON, 1974 [1968]: *Scribes and Scholars. A Guide to the Transmission of Greek and Latin Literature*, Oxford: Oxford University Press.
- WEST, M. L., 1973: *Textual Criticism and Editorial Technique*, Stuttgart: Teubner.